

MICRODRAMAS

El peso de lo leve

CONSTANZA MICHELSON

PAIDÓS



Constanza Michelson

MICRODRAMAS

El peso de lo leve

PAIDÓS

El gran atractor

“Ningún organismo vivo puede mantenerse cuerdo durante mucho tiempo en unas condiciones de realidad absoluta; incluso las alondras y las chicharras, suponen algunos, sueñan”.

Shirley Jackson

I. Crónica de un impulso

Fue así: me levanté en pijama, caminé a la cocina, tomé las tijeras. Las miré un momento, como si hubiera olvidado para qué sirven. Verifiqué que no tuvieran restos de comida. Luego fui al baño. Tomé un mechón. Corté. Sin medir, sin simetría.

Este impulso aparece cada ciertos años. Cinco. Diez. El tiempo suficiente para olvidarlo, para creer que pertenece a una versión anterior, a aquella que vivía en otro departamento, que dormía del otro lado de la cama, que todavía no sabía ciertas cosas. Pero vuelve.

No me veo mejor. Lo digo así, con esa pequeña distancia, para no sonar cruel; pero la verdad, sin el amortiguador de las palabras amables, es que me veo peor. No tengo rostro para chasquilla. Nunca supe de qué tengo rostro.

Pero el impulso no busca mejorar. Busca una cosa distinta: ser otra. Cualquiera. No una mujer de revista, aunque ya casi no existen las revistas. Solo otra.

¿Cuándo quiero ser otra?

No después de un tiempo de aprendizaje, no después de corregir algo. No con paciencia, no con método. Sino en dos minutos, ser otra en dos minutos.

—¿Qué hiciste? —preguntan los hijos.

Uno de ellos se ríe en mi cara.

—Nada —respondo—. Me corté la chasquilla.

El hombre no dice nada. Ha decidido que sobre ciertos temas no opina. Su ceja, sin embargo, lo hace con un leve arqueo.

A los hijos no les gusta que la madre quiera ser otra. Porque, según la imaginación doméstica, no debería ser nada más que eso: una madre. Un objeto fijo en el paisaje de la casa, como la mesa o la lámpara.

Ilusión que, por lo demás, también padecen ellas mismas, que exista *la madre*, que, no obstante, sepa serlo. Y, no obstante, una sigue esperando.

A la propia madre, sobre todo.

Volvamos al impulso.

Si tuviera que buscarle una raíz, la ubicaría en la infancia. Como casi todo.

Tuve chasquilla. Caía libre sobre los ojos. Bastaba un tijeretazo recto cuando empezaba a tapar la vista.

Ese pelo lleno, sedoso.

Me pregunto si eso es lo que perseguimos. La cara aún sin historia. Antes de que el cuerpo empiece a traicionar.

Porque traiciona.

Un día llega la grasa de las espinillas y contamina el pelo. La chasquilla se vuelve imposible. Y no era solo eso: entre los pelos lacios empezaban a aparecer otras criaturas. Duras, onduladas. Pelos que crecen por todas partes con la fuerza loca de los ríos en primavera.

Aunque no sé si los ríos crecen en primavera. Quizás en otoño.

Me pregunto ahora para qué querría volver a ser niña cada vez que tomo las tijeras. ¿Para ver mejor? ¿Para verme mejor?

¿Para que te digan linda aunque no lo seas?

Tal vez.

No tengo un gusto especial por los libros de personas que se cansan tanto que quieren volver a la infancia. Quieren cosas que no existen.

No, no es eso. No estoy harta.

Solo tengo ese impulso, cada tanto, de moverme un poco.

Un milímetro de distancia. El espacio mínimo entre yo y yo.

La Señora M. —a veces mi madre— lo hacía. Se sacaba *selfies* antes de que existiera la palabra. Usaba pelucas y vestidos muy cortos, avisaba que la época había dado vuelta la página. En una foto del colegio, sus compañeras parecen detenidas en los cincuenta, mientras ella ya había entrado a los sesenta.

Siempre fue la primera en irse. Aunque nadie se lo pidiera.

Esa mañana, después de leer las noticias en el teléfono, me paré, fui a la cocina, tomé las tijeras.

Por supuesto había cosas horribles.

En redes sociales alguien reclamaba que cómo era posible que algunos no dijeran nada sobre la masacre. Se acusa a los que no muestran el dolor.

¿Hay que hablar así, apuntando siempre?

¿Será que los que acusan con más fuerza nunca dudan de sí?

Me pregunto si los señores de la guerra, aunque fuera una sola vez, quisieran ser otra cosa. No más fuertes. No mejores. Solo otros. No ellos.

Imagino qué pasaría si pudieran despegarse un poco de su propia forma. ¿Será saludable, de vez en cuando, cambiar la mirada? No hablo de una revolución. Solo torcer el marco, mirar desde un ángulo que produzca una pequeña sospecha.

Una chasquilla es exactamente eso: un corte mínimo que cambia el encuadre. Apenas unos centímetros de pelo sobre la frente y, sin embargo, la mirada se reorganiza.

No era para tanto, debí decirle a mi familia. Pero en su risa se adivinaba otra cosa: un temor antiguo, que aparece cuando la madre –de repente– deja de ser solamente madre. Cuando podría huir. Cuando podría ser una niña. Una perversa.

Quédense tranquilos, queridos niños, querida familia. Este es el más inofensivo de mis impulsos. Pero, si soy honesta, tampoco me conozco tanto.

Los animales se ven tontos con chasquilla. Las mujeres grandes no. Se ven como si supieran cosas. La chasquilla les cambia los ojos. Los vuelve más tristes o más peligrosos. Nunca se sabe. Tampoco se sabe para quién hacen ese gesto. Si para que las miren o para mirarse ellas. Porque hay mujeres que no pueden verse solas.

Un par de noches antes, con el hombre discutíamos en un restaurante. Llevábamos días así. Una pelea sin causa ni salida. Buscábamos algo. No el tema: el tono. El tono exacto que pudiera herir. Ninguno alcanzaba. Había que subir la apuesta.

Detrás de nosotros, dos mujeres de setenta años o más hablaban sin el cuidado que da la vergüenza. Las escuchaba sin darme vuelta. Después supe que él también las oía.

Ellas pidieron la cuenta. El lugar estaba casi vacío. Dijeron que tenían que volver a juntarse. Entonces, por impulso –¿es siempre el mismo impulso?– me di vuelta y les dije que yo también quería verlas de nuevo. Se rieron. Nos quedamos un rato más. Una había sido bailarina. La otra no dijo o no lo recuerdo. Siempre se recuerdan más las bailarinas. Cuando por fin se fueron, escuché –con los oídos de la espalda, los peores– que una le decía a la otra: “Es que ella es de las nuestras”.

Por supuesto salimos hablando de mis nuevas amigas. Yo hablaba, él asentía, hasta que por fin dijo lo que llevaba un rato guardándose.

–¿Escuchaste lo que dijo esa mujer?

No. Yo había escuchado la parte donde me adoptaban. Él, en cambio, escuchó el crimen.

Una de ellas había dicho: “Creo que maté a mi marido”. Y después, más bajo: “Ni siquiera sé dónde lo enterraron”.

Él escuchó esa frase y yo no. No sé si eso es una diferencia de percepción o una diferencia moral.

¿Y qué querían decir esas mujeres con que yo era una de ellas? Las mujeres somos pésimas en una cosa: nos copiamos todo. La ropa, el libro, el tono de voz, el dolor. Sobre todo el dolor.

Pero no era por eso. Esas mujeres sabían algo que yo no. Que dentro de una vive una desconocida. Reconocer errores es de buen gusto. Todo el mundo lo hace. Lo difícil es aceptar que la que ama, la que miente, la que hace daño, no se turnan. Son la misma. Con la misma mano, con la misma lengua, con la misma cara: acaricia y destruye.

No sirve de nada confesarse. Confesarse es todavía querer caerle bien a una misma. Habría que poder decir: Sí. Fui esa. La que dijo lo peor. La que quiso lo peor. Y no salir corriendo a explicar por qué.

Eso debió ser lo que nosotros no logramos esa noche. Ni las anteriores. Estábamos demasiado cerca, demasiado sabidos. Y esa clase de cercanía aleja. Subíamos las defensas.

Después me corté la chasquilla.

No fue una decisión. Fue un poco de pelo en el lavamanos. Quizás sea una deserción microscópica. Pero no otra vida. No otra historia.

¿Puede existir un momento sin historia, sin trama? No sé, un segundo de silencio. No digo el silencio zen, que no sé qué es, salvo que lo dicen en yoga y suena a que les pasa a otros. Una cosa que calle al chihuahua interior que ladra “yo, yo, yo” hasta quedarse sin voz.

¿Pensé algo cuando corté la chasquilla? No.

Hay cosas que son un haiku. No soy capaz de escribir uno, pero puedo reconocerlos cuando pasan: un segundo en que el pasado y el presente dejan de tocarse. Un segundo donde los ojos no van de izquierda a derecha buscando un sentido.

Y como ante un haiku: se ve de golpe o no se ve.
Después vuelve todo, el nombre, la historia, el yo.
El yo pesa. Dios mío, cuánto pesa.

Me acuerdo ahora de que esa vez, en vez de gritar, me corté un mechón.

Ya está creciendo. Se mezcla con el resto del pelo. El “nunca más” ya fue dicho. También su fracaso.

II. Cambios de opinión y de claves

Hay opiniones de las que no se sabe cómo salir. Incluso si ni siquiera son importantes. Algo dicho sobre alguien que apenas conoces, con una convicción que no era tanta, pero sonó como si sí. Después hay que desarmarlo. Y no hay cómo.

Cambiar de opinión es difícil. Eso no es noticia.

Por orgullo. Por vergüenza, también. Lo incómodo es que si reconoces que antes estabas equivocado, reconoces al mismo tiempo que hoy también podrías estarlo.

Hay dos tipos de cambio de opinión.

La primera es cuando cambia uno. No las cosas. Lo mismo sigue ahí, pero ya no se puede pensar igual. Algo se movió. La edad, una escena, una cosa que te toca por dentro.

La segunda es cuando cambian las circunstancias. Ahí no cambiar es casi estupidez. Casi. Porque igual no se cambia. No tan fácil. No así no más.

Por ejemplo, si eres hincha de un equipo que empieza a perder siempre, cambiarse de equipo es una traición. En las buenas y en las malas, ¿no? Hay cosas que se opinan, pero no son opinión. Son compromiso.

Ahora pongamos este otro caso: siempre votaste por un lado. Izquierda o derecha, da lo mismo. De pronto todo se mezcla. La izquierda empieza a hablar como la derecha. La derecha hace cosas que antes eran de izquierda. O quizás los

nombres ya no dicen nada y un día te encuentras pensando:
¿Qué me conviene ahora?

¿Y entonces?

¿Cambias?

¿Lo dices?

¿O lo haces callado, como una infidelidad chica?

La política suele comportarse del mismo modo que se ha descrito con los consumidores de pañales: es difícilísimo cambiarse de marca. Hay una fidelidad incluso cuando ya no funciona, incluso cuando todo se filtra.

Y sin embargo, últimamente, se habla del péndulo en política. De votantes que se mueven con rabia, sin pensar, de un lado a otro. Caprichosamente. Palabra que viene de capricho, que viene de cabra, por la forma en que salta. Sin plan aparente.

¿Y si fuese al revés? Que sean los políticos los que persiguen lo que suponen es la opinión pública, y la opinión pública se escandalice porque no quiere que le sigan los caprichos, y entonces ya nadie sabe bien qué votar, y cinco minutos después se protesta contra lo que se votó.

El péndulo empujado desde los dos lados al mismo tiempo.

Una opinión repetida suficientes veces deja de ser opinión. Se transforma en cara.

Hay gente que siempre se ríe, siempre, y los demás no entienden bien por qué. Otros llevan tanto tiempo la cara dura que asusta y la marca queda en el ceño. Y hay personas cuya cara se fija en un momento exacto: la de pena, la de susto, la de culo. O la cara del instante preciso en que alguien descubre que puede atraer miradas. Cosa que suele ocurrir demasiado temprano, en la infancia. Entonces el cuerpo entero se queda así: tieso, repetitivo. Como algo que ya no sabe caer.

Ojitos entrecerrados. Boca de pato. Uno se pregunta qué quieren decir. Si resulta que es una mujer linda, el gesto la ampara. Funciona. Los hombres también ponen boca de pato, aunque suele ser menos para verse lindos que para verse

interesantes. Aprietan la mandíbula y las palabras les salen con un acento trabajado, parecen de otro país aunque no sean de otro país. Uno piensa en esos niños admirados, los que hablaban como sabiondos desde chicos y eran un poco pagados de sí mismos. Alguna vez les funcionó. Lo siguen haciendo.

Sin embargo, se forman arrugas alrededor de la boca. Y sostener esas posturas puede empeorar el bruxismo.

No se puede sostener indefinidamente una cara.

En todo caso, está demostrado que una cara, con un poco de conciencia corporal, cambia. Lo realmente curioso es que una idea no. Ni siquiera cuando sabes que no crees en ella. Ahí se queda.

Por ejemplo, uno de los sueños que recopiló Charlotte Beradt antes de la Segunda Guerra Mundial —sueños que ella llamaba el inconsciente del Tercer Reich— era el de un empresario que aborrecía el saludo nazi. En su sueño, se veía en una situación comprometedor y accedía a hacerlo. El problema era que luego olvidaba cómo bajar el brazo.

¿Qué pasa si por supervivencia, frivolidad, orgullo o por culpa ya no se puede salir de ciertos gestos, de cierta verbosidad? Pasa lo mismo que con las caras: la pose termina siendo la persona. Y la opinión falsa termina siendo, sencillamente, la realidad.

Irónicamente, una opinión falsa es más difícil de abandonar. Hacerse el loco debe ser la forma más cara de la coherencia.

Hay otros motivos para esas coherencias tan intensas.

Pasa con los temas “de la vida”. Eso que se dice en cualquier parte y, al mismo tiempo, se estudia: las humanidades. Cosas de humanos.

A quienes las estudian se les acusa de hablar enredado. De inventar realidades. En ocasiones es cierto.

Pero hay algo que se dice menos.

Que hay quienes no las estudian y usan esos conceptos igual. Los toman, los simplifican, los limpian de duda. Frases de activismo.

Y hay una diferencia.

La actividad es menos espectacular que el activismo. Trabaja con la ambigüedad y las contradicciones que cada disciplina arrastra en cada época. Por eso, eventualmente, debe cambiar de opinión. No le queda otra.

El activismo en cambio tiende a ver algo sólido donde hay incertidumbre acumulada.

Con los temas de ciencia pasa otra cosa. Se opina con más cautela. O directamente no se opina. La enfermedad, el clima, las estrellas: no son humanidades. Son ciencia. Cosa de quienes se dedican a ello. Como si no fueran cosas de humanos.

Ahí se acepta algo que en las humanidades cuesta más: que no se sabe. Que puede no saberse durante años. Décadas. Y que eso no es un fracaso, sino parte del método.

En la ciencia se tolera buscar sin encontrar. En las humanidades, donde la verdad es más esquiva todavía, se disputa como si estuviera ahí, a punto de ganarse. Y entonces la opinión se convierte en una lengua afilada.

Pero esa paciencia —esa manera de no saber— se puede usar para pensar otras cosas. Cosas de humanos. Pero a otra escala.

Escala universo.

En el universo hay al menos dos tipos de movimiento. Los circulares: la Tierra gira, el Sol gira, la galaxia gira. El Sol ha dado unas veinte vueltas desde que existe. Veinte. Cada una dura millones de años.

Hay ciclos tan largos que parecen líneas rectas.

¿Y qué se hace ante algo que se repite?

Se opina, como siempre. Aunque lo razonable sería, al menos, no fingir que es la primera vez.

Luego están los movimientos cuyo final nadie conoce. Van hacia alguna parte, pero se sabe poco. El universo se expande cada vez más rápido. Uno de los escenarios posibles se llama el

Gran Desgarro, el *Big Rip*: una expansión que terminaría separando primero las galaxias, luego los planetas, luego los átomos. Lo que queda no se sabe.

Y hay otra cosa.

El Gran Atractor. Una masa enorme hacia la que se mueve la Vía Láctea, junto a miles de galaxias más. Algo tira. No se ve bien. Está escondido detrás de nuestra propia galaxia. Más allá, dicen, hay cosas más grandes. Y después, quién sabe.

Nos movemos, eso sí se sabe. Hacia qué, no.

Si se mira la historia larga, las opiniones más firmes funcionan igual. No nacen de adentro hacia afuera. Tiran desde adelante. Una lealtad, un miedo, una identidad que no se quiere perder. Como el Gran Atractor: uno no decide ir hacia allá. Es atraído.

Podría ser que cuando las opiniones se contagian no esté operando la verdad ni la mentira, sino una gravedad. Un atractor que no se discute porque no se ve, pero que alinea, que arrastra, que hace que millones se muevan en la misma dirección creyendo cada uno que decidió por sí mismo.

Entonces la pregunta ya no es si una opinión es correcta. Porque no es un argumento lo que retiene. Es algo que pesa, que empuja, que no se ve.

La pregunta es otra.

Contra qué habría que ir para torcer la dirección. Contra qué fuerza de la masa.

De la masa humana.

En Los Álamos, entre 1943 y 1945, había una cantidad inusual de gente inteligente trabajando en el Proyecto Manhattan. Diseñaban la primera bomba atómica. Los planos, los cálculos, todo lo que importaba, estaba clasificado y guardado en cajas fuertes.

Richard Feynman, uno de los físicos, se aburría. Entonces las abría. Descubrió que las combinaciones eran fechas de

nacimiento, claves repetidas, cosas así. A veces dejaba una nota adentro: *Estuve aquí*.

¿Cómo se elige una clave?

Se piensa poco o demasiado, pero siempre se termina usando una que no se olvide: una fecha, un nombre, un número con sentido. Algo que uno es o fue.

La clave no busca convencer a nadie.

En eso es más sincera que muchas opiniones.

Pero el punto es si los hombres que custodiaban el secreto más grande de su tiempo fallaban en lo más íntimo, quizás la pregunta no es sobre seguridad sino sobre convicción. ¿Qué dice de nosotros que aquello que creemos más seguro, más bajo llave, sea tan frágil?

Que la masa que no alcanzamos a ver pueda ser la fecha de cumpleaños de la mamá.

III. Armisticio

Los viernes solo están los dos. Es una cláusula que nunca dieron del todo, pero que cumplen. Porque si no, al amor —al suyo— se le escapa la amistad. Y esa parte, con los años, es la que sostiene todo lo demás.

Un viernes T. dijo: “Ya hay signos de distopía”. Después agregó: “Anduril y Meta se aliaron. Anduril le vende ahora realidad virtual con fines militares a Meta”.

—¿Meta es Facebook? —preguntó K.—. ¿Cómo es que entró al negocio militar?

T. tuvo que explicarle.

Palmer Luckey era uno de esos jóvenes con camisas divertidas y hawaianas, siempre un poco fuera de lugar, que durante un tiempo parecieron ser el futuro. El futuro con cara de niño. Fue un pionero de la realidad virtual. Era bueno. Lo celebraban.

En 2014 le vendió su empresa a Facebook y se quedó trabajando en los lentes. Todo avanzaba. Pero dos años después lo despidieron sin explicaciones públicas. Circuló un rumor: habría financiado a Trump. En ese entonces acercarse a Trump era como tocar una cosa contaminada, y Zuckerberg todavía era el bueno de la historia —el inventor de una red para hacer amigos—. Ellos mismos se habían encontrado gracias a su invento. “Hola, ¿cómo estás?”, K. le escribió un día a T.

Más tarde se supo que el despido de Luckey tenía que ver con algo más ordinario: una demanda por robo de propiedad intelectual. Una historia de Silicon Valley como tantas otras. Jóvenes visionarios, millones de dólares, ideas prestadas. Un ladronzuelo, dijeron algunos.

Nada de eso parece importar hoy.

El mundo dio unas vueltas y ahí están otra vez. Zuckerberg y el otro. Vestidos igual. Como si todavía vinieran a cambiarlo todo en son de paz.

Hubo un tiempo en que ellos mismos buscaban lo que crearon: amigos, citas, pertenecer. De eso se trataba, al principio. Las redes para la amistad.

¿Cómo se pasa de la amistad a la guerra?

Quizás la pregunta está mal hecha. ¿Se pasa? ¿O siempre estuvieron una al lado de la otra?

Conviene creer que no. Conviene pensar —como T. y K.— que hay un lugar donde se puede estar en paz. Aunque sea un rato. Aunque sea un viernes.

Hay separaciones que ocurren amándose. Simplemente terminan. Alguien se va antes de que se acabe del todo. Después viene el odio. Sobre todo en quien no eligió. Pero algo queda de aquella amistad primera.

Y hay otras separaciones. Personas que se odian y no se sueltan. Se fueron y siguen ahí. Orbitando. No todo lo que se rompe se separa.

¿Cómo se llama ese pegamento?

No tengo el nombre, pero es lo mismo que pasa ahora. Con ellos. Los chicos *tech*.

Hoy caen mal. Y sin embargo nadie los suelta.

Antes eran otra cosa: promesa, futuro, amistad. Ahora se les llama oligarcas. ¿En qué momento pasó? ¿Se pasó? Quizá es el mismo arco, el mismo movimiento, como en cualquier amor: se odia en proporción a lo que se amó, a lo que se creyó, a lo que se exigió. No se odia al otro. Se odia la caída. La decepción.

Y detrás de esa decepción, habita siempre la misma ilusión. Que existe un amor sin fricción. Incluso cuando la regla cambia y se llama “amor abierto” la lógica es la misma: que si no hay secretos no hay herida. La amistad que ampliaron las redes prometía algo parecido. Conexión horizontal. Todos cerca. Pero sin el peso de estar cerca. Y lo que apareció no fue una tribu. La tribu tiene historia, territorio, ritual. Obliga a mirarse.

Esto no.

Se parece a una tribu pero no lo es. No hay fuego. No hay muertos propios. No hay nada que enterrar juntos.

Lo que hay es mucha gente pidiendo un *me gusta*. Que más que afecto es evaluación. Y la evaluación constante no une. Te vuelve perro, alerta, olfateando.

Pasa lo mismo en las parejas. La crisis llega cuando se le pide demasiado al otro. Cuando el amor se vuelve demanda de unanimidad. Cuando la pareja tiene que ser espejo y red entera. La misma lógica caníbal. La misma evaluación permanente. Sin margen para la pequeña hipocresía necesaria. Para odiar algo en silencio. Para no tener que ser atrapado ni tener que decirlo.

Toda pareja que dura sabe guardar algún secreto inofensivo.

Toda red que conecta de verdad mira para otro lado de vez en cuando.

A la elite *tech*, en esta etapa de desamor, se la ha llamado psicópata. No loca. Los locos no saben lo que hacen.

Peter Thiel demandó a quien lo dijo en público.

Él mismo reconoce que la tecnología ha generado una escalada de violencia. Pero supone que es a través de la misma tecnología que unos pocos deben actuar para impedir que nos destruyamos. De ahí la inversión en tecnología militar. De ahí la desconfianza en la democracia: demasiado lenta, demasiado poco radical para lo que viene.

Los intelectuales creyeron que esa casta de ingenieros carecía de formación filosófica. Thiel rompe esa imagen. Fue alumno de René Girard en Stanford.

Girard fue un antropólogo. Pasó su vida mirando una sola cosa: no solo cómo se pasa del amor al odio, sino lo que viene después. Cómo ese odio crea amistad. Cómo las sociedades se ordenan alrededor de un enemigo cuando ya no encuentran otra forma de estar juntas.

Las redes son una máquina perfecta del deseo imitativo que describió Girard. Derivan en la envidia más furiosa, y la salida, siempre brusca, es el enemigo común. El que descomprime. El que une.

Las parejas lo hacen también. Hablar mal de los vecinos, de la familia del otro, de sus propios amigos. Cualquiera que sirva. No es raro: es el mecanismo. Sentirse unidos no por lo que se comparte sino por lo que se rechaza juntos.

Girard lo sabía: del amor al odio hay un paso, pero del odio compartido nace algo que se parece mucho a la amistad.

Quizá eso explique por qué la amistad virtual se precipita hacia la guerra.

Peter Thiel conoce estas lógicas. Habla de momentos apocalípticos, de escalada mimética sin freno, donde la violencia se retroalimenta hasta que algo colapsa. Teme llegar a ese punto. O teme que ya comenzó.

Su apuesta es actuar. Unos pocos, rápido, sin consultar.

¿Qué habría pensado Girard? El maestro también estaba inquieto. Se hizo la misma pregunta: qué mecanismo encontraríamos hoy para frenar esa amistad hecha del pegamento

que da la violencia colectiva. Pero a diferencia del alumno, no tenía su poder ni su fe en los elegidos.

Girard pensaba distinto. Más cerca de un terapeuta de pareja. De esos que dicen lo obvio y no sirve. No porque esté mal. Porque es correcto. Y lo correcto no se sigue. Por ejemplo: sospechar cuando se ama en unanimidad. Sospechar cuando se odia en unanimidad.

Uno suele preguntarse por la discordia. Pero habría que preguntarse también por la unanimidad: qué estamos peleando juntos, qué promete eso que nos junta. Porque hay causas y promesas que no sostienen nada. Puro aire.

Eurípides hace veinticuatro siglos advirtió que existen casos así. En su tragedia *Helena*, ella misma estaba en otro lugar del que se creía. La verdadera Helena estaba en una isla, mientras que en Troya solo su fantasma. Dijo algo brutal: esa guerra se peleó por nada. Se sufrió por nada. Diez años. Para nada.

Pero incluso siguiendo la versión tradicional del relato, si Helena estuvo donde dijeron los combatientes, si las razones para pelear eran reales, de todos modos vino el después. Las razones no alcanzan nunca para el después.

¿Cómo se pasa de la guerra a la amistad?

No se pasa.

Después de la victoria la violencia cambia de lugar. Se mete adentro. A la casa.

En esa historia griega fue así. A Agamenón lo mató su mujer, con la ayuda de su amante. Luego su hijo Orestes mató a la madre para vengar al padre. Ulises tardó diez años en volver a Ítaca. Y al llegar tuvo que lidiar con los pretendientes de su mujer y con un hijo que hasta ahí era incapaz de crecer. La gran guerra deriva en violencia doméstica.

Por cierto, la guerra de Troya empezó por un matrimonio. Al cual, para evitar problemas, no invitaron a Eris, la diosa de la discordia. ¿Y qué hizo ella? Entrar igual. Aunque en otra escena. Y armar el lío que derivó en todo lo demás.

La discordia entra por la ventana cuando el amor quiere librarse de ella.

No se puede lograr la gran paz. La guerra es, precisamente, un intento de paz.

Y el amor tiene muchas formas que no se parecen a la paz pero son amor igual. Amar a quien no te desea. Desear sin amor. Odiar de noche a la persona con quien duermes y volver a amarla en la mañana. Meterse en relaciones que sabes que van a fracasar. Tener amores mediocres pero que calman. Engañar en la mente. Engañar con el cuerpo. A veces arrepentirse, a veces no. Ser sorprendido. Pedir perdón. Enamorarse cuando ya te cerraron la puerta. Esforzarse por amar sin seguridad. Buscar con desesperación el calor de alguien. Amar con egoísmo. Amar con amor. Darlo todo. Dar.

¿No es eso el amor? Sus inconsecuencias. Lo más alto y lo más bajo.

Si se aceptara, quizá podríamos hacer no la paz, sino las paces. Concretas, parciales, temporales, frágiles. Donde todos se detienen, ceden o pierden algo.

Que Peter Thiel haga lo que quiera. Igual lo va a hacer. Mientras tanto, a los demás nos toca hacer nuestra parte para las paces.

Exactamente como hacen algunas parejas los viernes.

A T. y K. les resulta mejor con algo de alcohol. Los bordes se ponen más porosos, están menos a la defensiva. Pero no demasiado. La ebriedad excesiva les provoca lo contrario del amor, que no siempre es pelea sino olvido y propósito perdido.

Como les pasó a los hombres de Ulises, ya que estamos en las secuelas de Troya. En la isla de los lotófagos comieron la planta del olvido y quedaron tan sueltos de sí mismos que ya no querían volver a la casa. Ulises tuvo que llevárselos llorando.

Las paces son más rudas que el encantamiento. Exigen una lucidez táctica: no salirse del mundo hacia una realidad virtual sino quedarse. Ver de reojo. No todo. Lo suficiente. Hacerse el

tonto justo donde hace falta. Para no arruinar lo que todavía se puede no arruinar.

IV. Conjuro

—No se tiró. Se dejó caer —dijo entre sollozos.

No es lo mismo decirlo así. No es lo mismo tirarse que dejarse caer.

Ese día mi hija vio a alguien lanzarse a las vías del metro. Y lo dijo así.

Unas horas antes yo había estado escuchando la radio. Un psicólogo hablaba sobre esos días —como ha pasado antes, como pasa cada cierto tiempo— en que se produce una especie de epidemia de estos casos.

—¿Qué está pasando? ¿Es por la primavera? —preguntaba el periodista.

El psicólogo respondió que era mejor no decir eso. Que las personas somos sugestionables. Que había que comunicar estos casos con cuidado, porque el dolor mental es difícil de entender para quien no lo ha vivido. Que tiene muchas causas, causas que no se conocen. Y, sin embargo, se lo intenta fijar en algo, en una estación, en una causa. Para volverlo puntual y explicable.

En 2019 también pasó. La gente aprendió a leer el eufemismo: “Detención por persona en vía”. Meses después vino el estallido social y se le empezó a poner política a la idea de la salud mental.

“No era depresión, era capitalismo”.

Era una idea interesante. Después de tanto tiempo en que la psicología se había mantenido cuidadosamente separada de la política, la frase pegó fuerte. Pero como pasa con las ideas interesantes, desplazó a la anterior. Somos una especie que si adopta una idea borra la otra: se olvidó la psicología. Se olvidó que a veces no es capitalismo. O no solo eso. A veces sí es depresión. Aunque tampoco se sabe muy bien qué es eso. Igual

que el capitalismo, en el fondo. Palabras que lo explican todo y por eso no explican nada.

Tenemos la idea de que las ideas mejoran las cosas. Es algo viejo, platónico. Y sí, las mejoran. Pero hay cosas que no se curan por arriba.

De todos modos, ¿no debería la psicología dejar de repetir las consignas de su tiempo? ¿Quién se hace cargo de los restos?

De lo que no coincide. De lo que desmiente. De ese momento en que alguien hace exactamente lo contrario de lo que cree. De cuando deja de tomar los remedios. De cuando algo insiste sin nombre.

¿No tendría que ser la psicología la que se quede ahí?

El periodista volvió a insistir:

—¿Qué hacer para no quedarnos en diagnósticos y teorías?

Silencio.

No sé si fui la única auditora en ponerse nerviosa. La pregunta era difícil de verdad. No qué decir, sino qué hacer. Aunque sea con palabras.

Sonó el teléfono.

Era ella. Mi hija.

Me contó lo que había visto. Y de pronto “qué decir” dejó de ser una pregunta dirigida a la cabeza y se volvió una pregunta para la garganta.

Tè escucho. Acá estoy.

¿Qué clase de palabras son esas? Tan simples que casi dan vergüenza. Pero sabes que son esas. Cualquier otra sonaría a algo, y en ese momento a lo que suena es a mentira.

Hay palabras que no buscan comunicar. Quieren tocar el tiempo. Porque hay instantes que se cierran sobre sí mismos —no son sublimes, no son memorables, sino un encierro puro—. Un lugar sin salida. Y es urgente que alguien abra aunque sea un agujero en el muro.

Se dejó caer. Esa diferencia —esa que ella eligió— ¿qué nombra? ¿Qué alcanzó a ver además de lo visible?

Uno lo entiende antes de pensar. Más rápido. Vio algo que algunos conocen. Ese momento en que la vida deja de ser porosa. Cuando el tiempo ya no avanza, y todo lo que hay hacia adelante es destino y condena. Como en el teatro de la tragedia: una puesta en escena cuyo final ya se conoce.

¿Es eso una crisis mental?

Una crisis tiene un reloj interno. Late como el mal genio. No se le llama así –crisis– cuando es mal genio, salvo que termine en el diario. Pero el mal genio también puede arruinarlo todo. Tu vida, por ejemplo.

En ese tiempo no hay afuera. Todo es yo. Todo es ahora. La pena y la rabia parecen eternas no porque duren, sino porque no se mueven. Nada se desplaza. Nada promete hacerlo.

La detención del tiempo se parece a quedar atascado en un ascensor. No tienes nada en contra del otro, pero si nada se mueve el lugar se estrecha, falta el aire, viene el odio. Sin movimiento solo queda el cuerpo. Y el impulso de empujar. El espacio se vuelve hostil. Y ante esa presión, algunos se empujan a sí mismos.

Hay ideas que ponen mal genio. Cuando todo es no. O todo es de una sola manera y no hay desvío. O no hay proyecto, solo urgencia. Cuando todo es crisis, fin, incendio, fin, explosión, fin.

Eso mismo dicen los que se fueron demasiado lejos con una droga y se “atraparon”: se pusieron paranoicos, leen todo en un sentido único, los persiguen. Todo confirma. Nada desmiente.

Ese es el lenguaje maldito. No porque sea oscuro, sino porque sella todo. Todo queda decidido desde el principio. Solo falta llegar. Dejarse caer.

Una maldición no es magia. Por eso no es cuento.

Es una forma de decir mal: *Eres así*. Punto. Y una forma de leer mal: literal, con furia, para que cierre. Para enojarse más. Sin dejar ni una punta de metáfora, ni un desvío mínimo donde alguien pueda preguntar: ¿Y si no fuera solo esto? ¿Y si no fuera tan así?

Las cosas malditas actúan como decretos. Los hijos, que heredan los odios de los padres, cumplen el designio sin saber que lo cumplen. A veces la maldición no llega en forma de maldad, llega como ciencia: la depresión es estacional, la depresión se hereda. Y eso, también, condena.

La maldición convierte el tiempo en profecía. Y a las profecías las queremos cumplir.

Vuelve a pensarlo. Hablemos mañana. Espera.

Los terapeutas dicen esas cosas. Se las recuerdan a los demás cuando les preguntan qué hacer. Aunque esas cosas se dicen sin que nadie lo enseñe. Se dicen sin pedir permiso. Es un acto de soberanía pequeño y urgente. Como abrir una ventana en una pieza cerrada.

Me pregunto si eso tiene nombre en algún manual. Me pregunto si importa que lo tenga.

Leí un artículo en 2019 sobre personas que habían intentado quitarse la vida en lugares públicos. Algunos testimonios coincidían en algo: habían pensado que si alguien les hablaba en el trayecto, quizás se detendrían.

No lo olvidé.

¿Puede una palabra desviar un trayecto?

Sí. No hay garantías, pero pasa.

Hay palabras a las que desde antiguo se les llama bendiciones. Suena anacrónico. Pero existen. Y como la magia, transforman.

Bendecir no es decir bien. Es decir abriendo.

Que te vaya bien. Adiós.

Si se escucha, dice: Que haya mañana. No cuál.

No se puede forzar. Si se fuerza, aunque sea por amor, deja de ser don. Se vuelve exigencia.

Por ejemplo: cuando mi hija se graduó, en la ceremonia nos pidieron a los padres bendecirlos.

¿Cómo se hace eso?, pensé. Nunca tuve lengua para eso.

Había que poner la mano en la cabeza del hijo y decir algo.

Busqué. No encontré. Silencio. Como el psicólogo de la radio.

Y después dije cosas. Largas. Rebuscadas. Nadie lo recuerda. Ni yo.

Y él, en cambio, su padre, fue una sorpresa. No solo porque se supone que es menos hábil que yo con las palabras, sino porque no se espera tanto de un ex. Simplemente dijo: *Buen viaje, mi amor*. Fue todo. Cumplió la ley de la bendición: ilumina un paso, no el camino entero.

Y pienso ahora algo más: Tampoco puede uno bendecirse a sí mismo. Se da, se recibe. Pasa de mano en mano.

El día que vio a esa persona caer, mi hija me contó que camino a la casa alguien se le acercó y le preguntó si estaba bien. No sé qué respondió. Imaginé el hilo invisible atado a la herida de un extraño.

Esa tarde lloramos un poco. Por esa persona. Por la posibilidad misma de caer.

¿Será una forma de bendecir?

Que alguien lllore por ti sin conocerte.

Nos inclinamos también un poco, supongo, ante el dios del tiempo.